

Informe sociológico sobre los testimonios de las víctimas

Por Izaskun Sáez de la Fuente Aldama

Resumen

El Observatorio de la Vulneración de los Derechos Humanos por parte de la Violencia Terrorista (zoomrights.com) emerge en un escenario en el que aún ETA no había anunciado un alto el fuego definitivo y, en consecuencia, de persistencia tanto de actos violentos en sus múltiples versiones como de discursos justificadores de los mismos.

En semejante marco se sustenta la actividad de recopilación de distintas experiencias de victimación mediante la realización de entrevistas a las propias víctimas de acuerdo a un guión temático general previamente establecido. Esta primera aproximación sociológica a los testimonios recogidos durante 2011 trata de cubrir, al menos en parte, el cuarto Objetivo Específico del Observatorio que reclama la elaboración de "los análisis que las realidades constatadas precisen". Respondiendo a la lógica narrativa, el presente informe se aproxima a las experiencias de victimación desde dos ángulos: 1/ Estudio del escenario histórico y sociopolítico en el que acontecen; y 2/ Profundización en las secuelas padecidas en las esferas psicofísica, familiar, laboral y social. Y lo hace mediante una presentación coral de los testimonios donde la argumentación se contrasta con citas textuales de las entrevistas que son las que le otorgan plausibilidad social.

Sobre la autora

Izaskun Sáez de la Fuente Aldama es doctora en Ciencias Políticas y licenciada en Sociología Política, miembro del Instituto Diocesano de Teología y Pastoral de Bilbao, profesora colaboradora de posgrados en la Universidad de Deusto y profesora del Instituto Superior de Ciencias Religiosas de Barcelona (ISCREB). Sus análisis muestran la convergencia entre la sociología del hecho religioso y la ciencia política a través de tres líneas de investigación: la ética sociopolítica, la interculturalidad y el diálogo

interreligioso, y la perspectiva de género. Entre sus publicaciones cabe destacar las siguientes: *El Movimiento de Liberación Nacional Vasco, una religión de sustitución* (Bilbao, DDB, 2002); *Conflictos, violencia y diálogo. El caso vasco* [con Galo Bilbao, Xabier Etxeberria y F. Javier Vitoria] (Bilbao, Universidad de Deusto, 2004); *La laicidad en los nuevos contextos sociales. Un estudio interdisciplinar* [con Galo Bilbao, Juan José Etxeberria y Xabier Etxeberria] (Santander, Sal Terrae, 2007); *Inmigración, identidades religiosas y diálogo intercultural* [con Joaquín Perea] (Bilbao, DDB, 2008); *Género e inmigración. Encuesta de Ikuspegi a la población extranjera 2007* (Vitoria-Gasteiz, Gobierno Vasco, 2008), y *La opinión pública vasca ante la violencia de ETA. Una mirada retrospectiva* (Bilbao, Bakeaz, 2011).

Índice

	Pág.
Resumen	1
Índice	3
1. Introducción: la figura de los amenazados, perfil dominante	4
2. Orígenes y contextualización de las experiencias de vulneración	5
3. Consecuencias	14
3.1. Secuelas físicas y psicológicas	14
3.2. Repercusiones familiares: generalización del sentimiento de culpa	16
3.3. Impacto en la esfera laboral/profesional	18
3.4. Reacciones sociales y tendencias hacia el (auto)aislamiento	21
4. Breves apuntes para la reflexión	26
5. Bibliografía	28

1. Introducción: la figura de los amenazados, perfil dominante

El Observatorio de la Vulneración de los Derechos Humanos por parte de la Violencia Terrorista (zoomrights.com) emerge en un escenario en el que aún ETA no había anunciado un alto el fuego definitivo y, en consecuencia, de persistencia tanto de actos violentos en sus múltiples versiones (por ejemplo, extorsión económica, intimidación, miedo social, asesinato, etc.) como de discursos justificadores de los mismos. Nace con la pretensión de denunciar la conculcación de derechos fundamentales de la ciudadanía vasca y de otorgar a esa denuncia una proyección internacional y una dimensión pedagógica prepartidaria, ambas al servicio de una reconstrucción de la memoria que contribuya decisivamente a la deslegitimación ética, política y social del terrorismo. Lo que, en última instancia, significa tomar a las víctimas como lugar hermenéutico privilegiado siendo fieles a los principios de no neutralidad con relación a la violencia y de objetividad-imparcialidad respecto a opciones políticas legítimas.

En semejante marco se sustenta la actividad de recopilación de distintas experiencias de victimación mediante la realización de entrevistas a las propias víctimas de acuerdo a un guión temático general previamente establecido. Esta primera aproximación sociológica a los testimonios recogidos durante 2011 trata de cubrir, al menos en parte, el cuarto Objetivo Específico del Observatorio que reclama la elaboración de "los análisis que las realidades constatadas precisen". Respondiendo a la lógica narrativa, el informe se aproxima a las experiencias de victimación desde dos ángulos:

- Estudio del escenario histórico y sociopolítico en el que acontecen.
- Profundización en las secuelas padecidas en las esferas psicofísica, familiar, laboral y social.

Y lo hace mediante una presentación coral de los testimonios donde la argumentación se contrasta con citas textuales de las entrevistas que son las que le otorgan plausibilidad social.

El número total de testimonios estudiados asciende a 22. Dos de cada tres entrevistados son varones y un tercio mujeres. La mitad del colectivo tiene entre 41 y 60 años y solo un 10% pertenece a la cohorte juvenil (< 30 años). Alrededor del 50% de las víctimas están casadas y, de ellas, la mayoría tiene dos hijos.

Casi el 40% se declara concejal de un partido no nacionalista, pero también están presentes, aunque de forma aislada, las voces de profesores, directivos de empresas y pequeños y medianos empresarios, periodistas, jueces y miembros de la Ertzaintza y de la Policía Municipal. En correspondencia con esta caracterización del grupo, alrededor del 80% de las entrevistas se han realizado a personas perseguidas o amenazadas. Solo cinco son familiares de víctimas asesinadas y, además, tres de ellas sufren

violencia de persecución¹ en sus propias carnes, bien por su condición de representantes políticos de la ciudadanía o por su profesión periodística.

2. Orígenes y contextualización de las experiencias de vulneración

La primera mitad de la década de los ochenta es conocida en Euskadi como "los años de plomo", la época más cruenta desde la muerte de Franco debido a los atentados de los polimilis, de los Comandos Autónomos Anticapitalistas y, sobre todo, de los milis. Un día tras otro, la sociedad asiste, entre atemorizada e impasible, al asesinato sistemático de miembros de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado consideradas fuerzas de ocupación.² Pero también tiene lugar una auténtica limpieza ideológica que quizás ha pasado más desapercibida con los atentados selectivos de miembros de la Unión de Centro Democrático (UCD); una estrategia mortífera que condujo a esta formación que lideró el incipiente cambio político hasta su práctica desaparición de la escena política vasca antes que en el resto de España, mientras la ciudadanía imputaba una buena parte de la responsabilidad del clima violento a las actitudes centralistas del gobierno y a la extrema derecha. Contamos con el testimonio de familiares de dos víctimas de la UCD, ambas asesinadas en 1980: en primavera, Ramón Baglietto y en septiembre, José Ignacio Ustaran.

Cuenta Pilar Elías –viuda de Baglietto y, posteriormente, concejala del Partido Popular (PP)– cómo, paradójicas del destino, el asesino de su marido fue el niño al que él había salvado la vida dieciocho años atrás, cuando apenas era un bebé: "El día que asesinaron a mi marido, en la empresa en la que trabajaba el padre de Kandido Azpiazu, comentaron: '¿os habéis enterado de que han asesinado a Baglietto?' Y él dijo: 'pero si es el que salvó a mi hijo. No puede ser, eso no puede ser. ¿Quién puede haber hecho algo así?'. A los dos días se enteró de que había sido su hijo. A los pocos años murió de cáncer, sin haber podido asumir lo que había hecho su hijo. Éste es un pueblo pequeño en el que todas las familias nos conocíamos [...]" (E13). En el comunicado con el que los Comandos Autónomos reivindicaron el asesinato, insistieron en que habían atentado contra él por ser "íntimo

¹ Concepto acuñado por Gesto por la Paz de Euskal Herria en el año 2000 para identificar, sin eufemismos, "la utilización sistemática de la violencia callejera, el acoso, la amenaza, la agresión u otros medios, incluido el asesinato, para señalar, perseguir, hostigar, aislar a determinadas personas por el hecho de defender públicamente sus planteamientos ideológicos, por su condición de representante de los ciudadanos o por el libre ejercicio de su profesión [...]. La posibilidad de que la persecución culmine con el asesinato de la persona acosada, como ha ocurrido en ocasiones, añade un grado más, el máximo, de terror a la situación de angustia que sufren estas personas [...]" (GESTO POR LA PAZ, 2000: 3-4).

² Con una prosa impecable, Fernando Aramburu reconstruye narrativamente el diálogo amenazante entre la madre de un joven muerto en un extraño encontronazo con la Guardia Civil y la futura viuda de un policía municipal: "Dile a tu marido que deje el puesto y se vaya. Si no, le tendrás que ir preparando la capilla ardiente y no te lo digo más. Ya estáis avisados, sinvergüenzas' [...]. 'Oye [...] ¿te hemos hecho algo? Porque si te hemos hecho algo yo te pido disculpas ahora mismo'. 'Tu marido es un español de mierda, ¿Te parece poco? [...]. Largaos a vuestra tierra si no quieres que a tu marido le saquen con los pies por delante'" (ARAMBURU, 2009: 36).

amigo de Marcelino Oreja”, ministro de Asuntos Exteriores en el primer gabinete de Adolfo Suárez y Delegado del Gobierno en el País Vasco desde finales de 1980 hasta las elecciones del 82.

Siempre interesada por la política, Elías decide implicarse activamente en ella tras la muerte de su marido para continuar con su legado, circunstancia que la convertirá en destinatario directo de una dura campaña de violencia de persecución. A mediados de la década de los 90, Herri Batasuna presenta a uno de los asesinos de Baglietto en la lista de concejales del Ayuntamiento de Azkoitia y su viuda –concejal– tiene que enfrentarse a su presencia y a la de una multitud de personas que habían acudido a apoyarle:

“No vino nadie a apoyarme, yo estaba sola porque los que podían apoyarme no fueron porque tenían miedo, estaba sola, sola [...] Se le homenajeó y rindió honores de una manera absolutamente vergonzosa [...] El había asesinado a mi marido y le homenajeaban a él y me insultaban a mí. Es una de las cosas más tristes que he vivido [...]. Fueron recibidos en el pueblo como héroes y el Ayuntamiento los nombró hijos predilectos. A mi marido nunca se le rindió un homenaje, ni ningún otro tipo de reconocimiento” (E13).

Tiene lugar entonces un auténtico proceso de *revictimización* con la vuelta de los victimarios a los lugares de origen. Porque en más de un caso se les presenta sociopolíticamente en clave heroica y, además, obliga a los familiares de las víctimas a tropezarse día tras día con la cara de los asesinos: “¿Cómo pueden obligarme a encontrarme continuamente con los asesinos de mi marido en mi pueblo? [...] no solo me cruzo con él, sino que lo tengo debajo de mi casa” (E13). La decisión de Azpiazu de abrir en 2004 una cristalería debajo del piso de la familia de Baglietto provoca una intensa controversia mediática que tiene consecuencias judiciales: la Audiencia Nacional toma cartas en el asunto y ordena la subasta del negocio para que Azpiazu, quien en su momento se había declarado insolvente, afrontase la indemnización debida en concepto de reparación.³

José Ignacio Ustaran Ramírez era a finales de los años 70 miembro del Comité Ejecutivo de la UCD de Álava. Lo secuestraron en presencia de su mujer –concejal también de la UCD en el Ayuntamiento de Vitoria– y de sus tres hijos: “Lo montaron en su propio vehículo, se lo llevaron fuera de Vitoria, le asestaron dos tiros en la nuca y lo dejaron dentro del coche, aparcado frente a la sede de la UCD en aquella época” (E14). Este último dato, dotado de una fuerte carga simbólica, ha hecho que se tienda a establecer un cierto paralelismo entre el asesinato de Ustaran y lo que habían hecho las Brigadas Rojas en Italia dos años antes dejando el cuerpo de Aldo Moro sin vida en un punto equidistante entre la sede de su partido, la Democracia Cristiana y la del Partido Comunista (PCI) en Roma (Alonso, Domínguez y García Rey, 2010: 317). En este caso la revictimización viene dada porque, tras veintiocho años, la familia no ha visto satisfechas sus demandas de justicia en el terreno estrictamente penal: “[...] las personas que asesinaron a mi padre campan a sus anchas [...] a veces te chirría y piensas cómo es posible que, estando en un estado de derecho, no se haya podido hacer justicia con lo que nos ocurrió a nosotros” (E14).

³ No obstante, durante la subasta que se realiza en 2008 es la esposa de Azpiazu la que se hace con la cristalería pagando por ella una cantidad insuficiente para cubrir la indemnización.

También es en los albores del cambio político en España, momento en que los sindicatos son legalizados y Manoli Uranga se afilia a Comisiones Obreras (CC. OO.), cuando sufre personalmente los primeros ataques procedentes del mundo radical que le niega su identidad vasca, tachándola de "españolista". Se trata de una auténtica campaña de acoso y de hostigamiento que se cronificará a lo largo del tiempo, cuando se convierta en concejal del partido socialista: "[...] decían que yo no era vasca. Yo les decía que había nacido aquí. No entiendo por qué ellos pueden decir quién es vasco y quién no lo es. Hasta que llegó el primer atentado (pintadas, cócteles molotov...), yo viví esperándolo porque sabía que pasaría. Y es que ves cómo te miran, cómo te insultan. Es mucho más cómodo hacer que no se ve nada y mirar para otro lado" (E3).⁴

Ser representante de un partido no nacionalista en Euskadi –fuerzas políticas que durante años tuvieron que salir a colocar su propaganda electoral por la noche–⁵ resulta sinónimo de traición y provoca el extrañamiento y la estigmatización del sujeto: "siendo vasco de nacimiento y euskaldun, debería sentir las raíces vascas, y aún así eres un traidor a la patria, no estás en el nacionalismo, eres peor que cualquier otro" (E7). De acuerdo a semejante esquema se le puede culpabilizar de todo, hasta, por ejemplo, del encarcelamiento de presos etarras con actos dotados de un fuerte componente simbólico como dejar el día de Noche Buena en la puerta de la casa de la persona amenazada, a fin de crear en ella cierto cargo de conciencia, una botella de agua para explicitar la soledad y las penurias sufridas por los presos en momentos en los que las familias se reúnen y disfrutaban de la mutua compañía alrededor de una mesa (E11).

Por tanto, aunque para el submundo radical el factor lingüístico es teóricamente un elemento decisivo en el momento de discriminar la filiación a la nación vasca, en la praxis el criterio determinante es la defensa de la patria mediante una identificación sin fisuras con su filosofía de combate.⁶ Sin poder o quizás sin querer percatarse de ello, en ocasiones, la víctima potencial piensa que no va a convertirse en víctima real por dominar el euskera:

"Llevo escolta desde el asesinato de mi compañero y amigo Iruretagoiena⁷ en enero de 1998. Tanto él como yo nos habíamos negado a llevarla. Los dos habíamos vivido siempre en nuestro pueblo, nos comunicábamos siempre en euskera, nosotros decíamos: 'tú y yo, que más vascos no podemos ser, que solo hablamos en euskera, a nosotros no nos va a pasar nada'. Fue a su funeral a donde acudí por primera vez con escolta. Podía haber sido yo" (E13).

⁴ En junio de 2005, cuando ETA anuncia la suspensión de los atentados contra cargos electos del PP y del PSE-EE, varios radicales tocan el timbre de su casa para amenazarle diciendo: "Hija de puta, tú no te escapas" (E14).

⁵ "Eso me parecía injusto y empecé a ayudar en esa labor al partido con el que simpatizaba en mi pueblo [...]" (E15).

⁶ Desde esta perspectiva es imposible ver en el ser humano una víctima, porque toda persona se encuentra situada a un lado o a otro de la lucha que persigue derribar las bases ideológicas y morales del viejo sistema.

⁷ José Ignacio Iruretagoiena fue asesinado en enero de 1998 con una bomba lapa. Era maderero y euskaldun y uno de los dos concejales que el PP había conseguido en Zarautz en las últimas elecciones municipales. La víctima había sido designada representante del PP en el Patronato del Euskera del Ayuntamiento de San Sebastián. "Al conocer la trágica noticia, Inmaculada, una de las hermanas del fallecido, declaró: 'Mi hermano era un hijo de Euskadi. Lo han matado los mismos del pueblo: los que dicen defenderlo. El no tenía ningún miedo. No pensaba que podían ir a por él. ¿Qué nos están haciendo? La próxima puedo ser yo, aunque no sea del PP'" (Cfr. ALONSO, DOMÍNGUEZ y GARCÍA REY, 2010: 1.026).

O por arrastrar una impecable trayectoria de izquierdas, como la de Esther Cabezudo para quien los que atentaron contra ella y su escolta en febrero de 2002 representan a un sector de una generación nacida en plena democracia a la que peligrosamente se le ha inoculado el virus del odio. "Nunca pensé que alguien fuese a atacar contra mí. Yo siempre he sido una persona de izquierda, he luchado por la libertad y la democracia de este país. Esos que atentaron contra mí, chavales que no llegan a los treinta años, que han vivido toda su vida en democracia, que no saben qué es una dictadura [...] nunca pensé que pudieran atacar contra mí. Pero lo hicieron. Para mí fue terrible" (E19).⁸ Y no solo se asesina a representantes políticos en activo, sino también a quienes ya han cesado en sus funciones.⁹ A veces, lo que se da es una reproducción intergeneracional de la victimización por mantener la misma militancia política como en el caso de José Manuel Lizarraga, hijo de Charo Dorda, ambos concejales del Partido Popular en diferentes épocas en el Ayuntamiento de Hondarribia.

Los ochenta son años en los que, mientras poco a poco –y no sin dificultades– la democracia se consolida, ETA y el autodenominado Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV) creado alrededor de ella consolidan sus cuadros y estructuras. La organización terrorista encuentra en la extorsión económica –el mal llamado "impuesto revolucionario"– una fuente privilegiada de financiación. Los que se niegan a cumplir con tales requerimientos se sitúan directamente en su diana. Así ocurrió con Sebastián Aizpiri y su amigo Patxi Zabaleta. A finales de mayo de 1988, Aizpiri, tras cerrar la carnicería que regentaba en la localidad guipuzcoana de Elgoibar y mientras se dirigía a la vecina Eibar, donde era también propietario de un restaurante, es asesinado por dos miembros de ETA con dos disparos en la cabeza que le provocaron la muerte en el acto. Su hermana –Ana Aizpiri– se pregunta: *¿Por qué le mataron?* Y ella misma responde subrayando que no admitió el chantaje:

"[...] Porque no colaboré con los terroristas de ninguna de las maneras. Si hubiera mandado un sobre con dinero, igual estaría vivo. Pero no lo hizo (...) en aquellos años, las personas que eran objeto de la extorsión de ETA, hablaban con los correspondientes mensajeros de ETA y les pagaban de una u otra manera: se negociaban las vidas de las personas, en definitiva. Pero mi hermano y Patxi no lo hicieron. Con el resultado de que les mataron [...] Entiendo a quienes han cedido al chantaje y han pagado, porque lo han hecho sometidos al miedo y al pavor que esto genera y es muy comprensible y muy humano. Pero creo que tiene mucho valor oponerte a la amenaza y a la extorsión como lo hizo mi hermano, sobre todo en aquella época en la que ETA estaba tan bien implantada en el País Vasco" (E2).

Antes de proceder a su asesinato, la víctima es cosificada al dedicarse el entramado del MLNV a propagar el bulo de que estaba vinculado al tráfico de estupefacientes, en momentos en los que la droga hacía estragos en la

⁸ Habría que recordar que ya a mediados de los años 80 los Comandos Autónomos Anticapitalistas asesinan al senador socialista Enrique Casas, atentado que supone un salto cualitativo de objetivos porque la banda atenta contra un representante de un partido involucrado en la resistencia antifranquista. "Recuerdo la imagen de Carlos García Cañibano, un socialista guipuzcoano de toda la vida [...] trataba de decir, puño en alto, que los socialistas habían peleado contra el proceso de Burgos, el Consejo de Guerra en el que seis militantes de ETA fueron condenados a muerte [...] no entendía que ETA hubiera asesinado a un político socialista que había participado en la lucha contra la dictadura. Era la época en que [...] todavía algunos distinguían entre crímenes buenos y crímenes malos [...]" (CALLEJA, 1997: 91).

⁹ Por ejemplo, a dos días de la celebración de los comicios generales de 2008, un activista de ETA mata en Mondragón y a las puertas de su casa a Isaías Carrasco, que había renunciado a la escolta tras abandonar su cargo de concejal.

juventud vasca y ETA se presentaba como vanguardia que debía luchar con las armas en la mano contra una lacra de los grupos dominantes para intoxicar los procesos revolucionarios. Con el fin de combatir tal infundio, Aizpiri llegó incluso a solicitar a los Ayuntamientos de Eibar y de Elgoibar que le investigaran y acudieron (él y Zabaleta) a hablar con una concejala de Herri Batasuna (HB) de Eibar para explicarle que se trataba de meros infundios. "Ella les dijo que se encargarían de hablar con los del País Vasco Francés".¹⁰ Tras aparecer su nombre en una larga lista de personas – pequeños empresarios, industriales y profesionales– en los papeles de Sokoia,¹¹ se le ofreció protección, pero él la rechazó. Poco después del asesinato, el mismo rumor sobre las drogas se utiliza para defenestrar a su hermana quien está convencida de que con ello trataban de vengarse por sus declaraciones sobre los estrechos vínculos entre ETA y Herri Batasuna en un clima social poco propicio a esos pronunciamientos: "El rumor era el instrumento perfecto para contaminar a las gentes menos informadas y más prejuiciosas [...] Dije que HB era la encargada de hacerle el trabajo sucio a ETA. Los que se ocupaban de seguir a los objetivos, informar sobre ellos, de lanzar un rumor [...] o de informar con datos inciertos a la organización terrorista [...] era una clara represalia por mis declaraciones sobre el papel de HB [...] El decir alto y claro que los de HB son cómplices de ETA supuso un antes y un después para mí. Por eso, hay mucha gente que me estima y mucha gente que me odia" (E2).

Durante las décadas de su mortífera existencia, el empresariado ha continuado siendo uno de los objetivos prioritarios de ETA al ser su principal agente de aprovisionamiento económico. En agosto de 2000, la organización armada asesina a José Mari Korta, presidente de la Asociación de Empresarios de Guipúzcoa (ADEGI) y simpatizante del PNV, quien, públicamente y en reiteradas ocasiones, se había manifestado en contra del pago de la extorsión. Su hijo Ibai lo describe como "una persona de vida sobria, muy exigente en su quehacer diario, que disciplina a los suyos para que sigan sus pasos y que no entiende cómo se puede conjugar este rigor con una cesión al chantaje. Y claro, no cede" (E20). Entonces, el único beneficio que la banda obtiene es el terror.

Cuando organizaciones como Gesto por la Paz dan sus primeros pasos, en la segunda mitad de la década de los 80, el asesinato quizás se consideraba ya algo anormal, pero la falta de libertad o el acoso no eran percibidos como tales. En palabras de Imanol Zubero –uno de los promotores de Gesto y Profesor de la Universidad del País Vasco (UPV/EHU)–, "la paradoja era que lo anormal era lo otro, que te asesinaran, pero que te amenazaran, que tuvieras que tener cuidado de por dónde andar, la pérdida de libertad la veíamos como algo normal [...]" (E9). La consolidación de las movilizaciones, bajo el símbolo del lazo azul al calor de los secuestros de mediados de la década de los 90¹² y de la práctica de la denominada

¹⁰ Que en esos momentos actuaba todavía como santuario de los activistas de ETA.

¹¹ El descubrimiento del zulo de Sokoia en diciembre de 1986 puso en manos de la policía una ingente cantidad de documentación sobre las finanzas de ETA.

¹² Desde el del empresario Julio Iglesias Zamora en 1993 hasta el del funcionario de prisiones José Antonio Ortega Lara en 1996, que se convierte en el cautiverio más largo de los realizados por ETA. El lazo es diseñado por el pintor y escultor vasco Agustín Ibarrola y se asemeja a una A mayúscula, la primera letra de la palabra Askatu ("libre" en euskera).

socialización del sufrimiento,¹³ provoca una dinámica de concentraciones pacifistas y de contraconcentraciones radicales que revela la pugna que el MLNV estimula para recuperar la calle, uno de sus mejores activos patrimoniales, utilizando al servicio de la misma expresiones descalificadoras del pacifismo como la de "los asesinos llevan lazo azul"; frente al lema "Aldaya Askatu" ("Liberad a Aldaya") contrapusieron el eslogan Euskal Herria Askatu ("Liberad a Euskal Herria") tratando de intimidar no solo verbal, sino también físicamente (Aulestia, 1998: 72-73).

El círculo de las personas amenazadas se extiende como una mancha de aceite especialmente tras el fin de la tregua de Lizarra (1998-1999). Además de a políticos de partidos no nacionalistas, ETA y su entorno amedrentan o asesinan a miembros de la judicatura, a periodistas, a profesores universitarios comprometidos con las nuevas formas de movilización inauguradas por el Foro de Ermua y Basta Ya a finales de la década de los 90 después del asesinato de Miguel Ángel Blanco¹⁴ y a empresarios relacionados con las obras del tren de Alta Velocidad (TAV).

En noviembre de 2001, la organización terrorista asesina a José María Lidón, Magistrado de la Audiencia Provincial de Vizcaya, que no llevaba escolta ni había aparecido en las listas incautadas a los comandos de ETA detenidos, pero si realizaba medidas de autoprotección. En un comunicado hecho público en el diario *Gara* tras el atentado, la organización subraya que se trata de una acción dirigida contra "el aparato de justicia español" y que "los jueces que castigan sin piedad a los combatientes vascos no tienen espacio de impunidad en Euskal Herria". A partir de la muerte de Lidón, la protección sobre los jueces se generaliza, aunque no haya habido documentación o indicios de amenaza: "Por mi cargo (Juez-Decano de Bilbao), yo soy el representante de mis compañeros, por lo que acordé con los responsables policiales [...] que se pusiera protección a todos los compañeros y que más adelante se preocuparan de mí [...] Se tuvo que recurrir a la seguridad privada" (E4).

A su vez, tras decenas de ataques en las obras del TAV y el asesinato en 2008 de Inaxio Uría -consejero de la constructora Altuna y Uría, que trabaja en esa construcción-, los empresarios del sector deciden poner protección a determinados directivos: "a raíz de su muerte hemos tenido metido el miedo en el cuerpo. Es cuando comienzo a llevar escolta [...] Primero fuimos las propias empresas quienes nos decidimos a contratar escoltas para algunos directivos. Pasados dos o tres meses se pusieron en contacto con nosotros la Consejería de Interior del Gobierno Vasco y el Ministerio de Interior. Cuando ellos nos avisan y nos van dando datos, somos más conscientes del peligro y el miedo aumenta mucho" (E10).

¹³ La socialización del sufrimiento se legitima doctrinalmente a través de las ponencias *Oldartzen* (HB, 1994) y *Karramarro I y II* (ETA, 1995/96) haciendo creer a sectores significativos de su área de influencia, en especial a su vanguardia juvenil, que nadie va a poder quedar al margen del conflicto que atraviesa Euskal Herria. Sus dirigentes están convencidos de que, al encontrarse el conjunto de la población más o menos satisfecha con el autogobierno, a ETA le corresponde enseñar al pueblo quiénes son sus enemigos, quiénes permiten, más allá de los aparatos del Estado, mantener la hegemonía de España en Euskadi. La socialización del sufrimiento hará de la violencia de persecución su principal herramienta estratégica.

¹⁴ "Algunos radicales nos trajeron a mi compañero Carlos Martínez Gorriarán y a mí unos sacos de carbón al despacho (...) Apareció una foto en el *Gara* con la foto de mi despacho, con los sacos de carbón, con nuestros nombres. Y eso es más que dar información. Eso es dar pistas (...)" (E6).

El ertzaina Jorge Díez, escolta de Fernando Buesa,¹⁵ hace visible con su muerte el fuerte riesgo que este colectivo está asumiendo cuando decide trabajar protegiendo a políticos amenazados. A veces, puede que la decisión se tome como una manera de progresar profesionalmente, pero desde la sinrazón las consecuencias no queridas resultan extremadamente graves: “[...] en el ayuntamiento pusieron en marcha unos cursos de formación a policías municipales para hacer servicio de escolta Yo, que soy muy emprendedora, (...) me apunté [...] Ahí fue donde empezó todo. Los que nos apuntamos al cursillo y luego estuvimos protegiendo a gente, que en mi caso fue solo ocho meses, *quedamos marcados* [...] no entraba en la consideración de víctima sino en la de *perseguido*” (E1).

No obstante, la persona que sufre la defenestración o intimidación ni siquiera tiene por qué pertenecer a un colectivo amenazado. Basta con que se haya opuesto a las estrategias de acoso denunciando, por ejemplo, carteles y pintadas alrededor de su negocio en pleno casco histórico, lo que le hace ser catalogado como “chivato” con las connotaciones que ello tiene:

“Son las pintadas que hacen por las paredes de toda la calle, es algo que en esta calle se entiende como normal, pero son las paredes, las paredes de mi negocio y me parece que es perjudicial para mi negocio tener las paredes, a los lados del escaparate, llenas de pintadas [...] Hasta que un día [...] decidió sacarles unas fotos mientras hacían las pintadas (...) le amenazaron de muerte. (...) días después de aquello aparecieron unas pintadas, a los lados de la entrada de la tienda, con las siglas PSOE en el centro de una diana y una amenaza, en euskera: *‘txibatoak, adi egon’* (‘chivatos, tened cuidado’) [...] ya era una amenaza directa (...) se insulta y se señala [al propietario del negocio] como un ‘agresor del movimiento popular’ (...) si cuando me ensucian las paredes, me enfado y me enfrento a los responsables, el malo soy yo; el que se mete en problemas soy yo. ¡La gente ha llegado a pensar que soy un policía infiltrado! [...] Al día siguiente volvieron a hacer una pintada: *‘txibatoo sutara’* (‘el chivato al fuego’)” (E8).

Existen lugares emblemáticos, auténticos “feudos del nacionalismo radical” (E11) marcados a sangre y fuego por la ira y los signos de la intolerancia, tanto en los cascos históricos de las tres capitales de la Comunidad Autónoma Vasca (CAV) como municipios del estilo de Mondragón, Lazcano,¹⁶ Durango o Hernani. Algunos de los testimonios recogidos permiten ejemplificar esta afirmación. Entre 1999 y 2009, la Casa del Pueblo de Durango es objeto de numerosos ataques. En 2009, una bomba de la organización terrorista destroza la nueva sede recién inaugurada, con el trastorno y los gastos que ello supone: “(...) hemos tirado una gran cantidad de dinero y tiempo en Euskadi en hacer y rehacer las sedes y edificios atacados” (E11).

Joxean Rekondo –ex-alcalde de Hernani por Eusko Alkartasuna (EA) de 1991 a 1999– subraya que los actos de vulneración sobre su persona han sido innumerables, con hechos que van desde reventar la constitución del gobierno municipal hasta la intervención de un grupo numeroso de encapuchados que se dirigían al Ayuntamiento al grito de “*Rekondo entzun, pim, pam, pum*”. Pero la clave de su testimonio radica en revelar hasta qué

¹⁵ Ambos fueron asesinados en Vitoria en febrero de 2000.

¹⁶ Incluso en los momentos en los que sus candidaturas estaban ilegalizadas, el alcalde permitía que la izquierda abertzale participase: “[...] tuvimos plenos muy duros en los que nos llegaron a decir: ‘esto se soluciona pegando tiros’ [...] En cada pleno se ponen detrás de mí con carteles amenazándome, me insultan y han llegado a agredirme a la salida del ayuntamiento” (E12).

punto los radicales utilizaban sistemáticamente la intimidación y la coacción sin que ninguno de los cuadros dirigentes del MLNV se pronunciase en contra o le mostrase su apoyo: “Los radicales estaban envalentonados, se creían los dueños del pueblo [...] salían los chavales encapuchados a hacer barricadas, quemaban coches y contenedores, provocaban a la Ertzaintza [...] Tenían una capacidad para el acoso tremenda (...) *En ese mundo, además, no había fisuras.* Nunca ninguno de los representantes de la izquierda abertzale en aquella época se desmarcó, ni siquiera en privado, de la campaña de acoso que tenían organizada en el pueblo. Nunca ninguno de ellos me mostró su solidaridad ante algunos de los ataques que sufrí. *Estaban frente a nosotros*” (E17). El contrapunto lo encontró en el ambiente de solidaridad que se desarrolló entre quienes se encontraban bajo la espada de Damocles de la amenaza. Su experiencia es la que lleva a Rekondo a escribir en 1998 un libro titulado *Bietan Jarrai*:¹⁷ *Guerra y paz en las calles de Euskadi*. En él propone una interpretación de la socialización del sufrimiento en términos de mutación estratégica de largo alcance que transita del plano defensivo al ofensivo. Con el objetivo de reforzar el perfil del MLNV en cuanto movimiento revolucionario capaz de condicionar sociopolíticamente al tejido civil y a la política vasca, como una cuestión previa y creadora de las condiciones favorables para el inicio de cualquier negociación. Solo desde semejante óptica realidades profundamente antitéticas adquieren un carácter complementario:

“¿Cómo es posible gobernar, desde la apelación y el uso de la legalidad, los asuntos públicos de municipios importantes y, a la vez, llamar al desacato a la misma legalidad, amparar el sabotaje y la destrucción de bienes públicos y crear espacios de contrapoder que configuran sus propias pautas de legalidad? [...] ¿Cómo se casan la exigencia del diálogo y la práctica de la imposición por la vía del reparto social del miedo, la extorsión y el sufrimiento? [...]” (Rekondo, 1998: 13).

El ejercicio de la libertad de expresión ha resultado especialmente caro en Euskadi y sus principales damnificados han sido intelectuales,¹⁸ periodistas y medios de comunicación que se han pronunciado explícitamente contra el terrorismo.¹⁹ En la última década del siglo XX, con la expresión “el cuarto poder, el más peligroso”, el MLNV resume el resultado de un análisis cuya estructura de oportunidad política está íntimamente relacionada con el cierre judicial del diario *Egin* en el verano de 1998 bajo la acusación de colaboración con banda armada.²⁰ En medio del profundo debate que el

¹⁷ *Bietan Jarrai* (Dos en uno) es el lema que preside el anagrama de ETA compuesto por una serpiente (que simboliza la inteligencia) enroscada alrededor de un hacha (que alude a la proyección intergeneracional de la autodenominada lucha armada).

¹⁸ En noviembre de 2000, ETA asesina a Ernest Lluch, militante antifranquista, ex-Ministro de Sanidad y Consumo en el primer gobierno de Felipe González, profesor universitario, ensayista y articulista de varios medios de comunicación en los que defendía con fuerza el diálogo como mecanismo de resolución del problema de la violencia y se mostraba partidario de potenciar, tras el fracaso de Lizarra, la aproximación entre el partido socialista y el PNV para estimular acuerdos transversales. Respecto a sus percepciones como persona amenazada, Lluch señalaba (1996): “Me han estado siguiendo, me han hecho todo este tipo de cosas. No quiero entrar en detalles porque es una cuestión que los que por ahora hemos salido bien librados del asunto no debemos aprovechar para hacernos los mártires. Y ahora, desde luego, tengo miedo a veces” (Cfr. ALONSO, DOMÍNGUEZ y GARCÍA REY, 2010: 1.091). Durante el juicio, sus asesinos trataron de desprestigiar su figura catalogándolo como “ministro de los GAL”.

¹⁹ Desde ese punto de vista, Imanol Zubero rememora su trayectoria: “Mi primer posicionamiento público relacionado con el terrorismo de ETA fue en el año 1979. Escribí una carta al director del diario DEIA, que era el que se leía en casa de mis padres que eran nacionalistas, en contra de la campaña que en aquel momento estaba haciendo la izquierda abertzale contra el Estatuto de Gernika (...) Objetivamente, yo, que estaba escribiendo una columna semanal en El País desde el año 97, tenía muchas papeletas para que me tocara” (E9).

²⁰ Aunque posteriormente la Audiencia Nacional rebaja la catalogación del delito, varios de sus principales responsables son condenados a penas de prisión.

cierre suscita, el entorno radical interpreta el hecho como un paso más en la escalada represiva del nacionalismo español cuyo fin es "minimizar su influencia política". En pocos días impulsan una campaña destinada a hacer realidad un nuevo proyecto de comunicación, cuyo resultado es el nacimiento de *Gara* hoy en los quioscos.

A su juicio, los medios de comunicación son "el cuarto poder, el más peligroso", agentes activos en el conflicto porque, sobre todo tras el Pacto de Ajuria Enea, se convierten en enemigos directos del independentismo vasco al colaborar con el Estado. Desde el enfoque de la conspiración de los medios bajo las directrices del Otro, sus respuestas han consistido en la denuncia e intimidación hacia los rotativos y empresas de comunicación que no pertenecen a su entorno. Muestra de ello son las amenazas de ETA, los carteles de su vanguardia juvenil que señalan como objetivos a periodistas concretos, con nombre y apellido, y que les caracterizan como "terroristas del bolígrafo" y las manifestaciones y pintadas en las puertas de periódicos no afines. Mientras los colectivos amenazados hacen públicos varios manifiestos en los que exigen libertad de expresión, ETA cumple sus advertencias con el envío de cartas bomba a varios periodistas y con asesinatos como los de José Luis López de la Calle, columnista habitual del diario *El Mundo* y miembro fundador del Foro de Ermua, y de Santiago Oleaga, director financiero del *Diario Vasco*. Para Aurora Intxausti, "los que hemos estado cubriendo información de actualidad, información política, y no hemos cedido a los chantajes y a las exigencias de Herri Batasuna, hemos estado en el punto de mira. Llegó un momento en el que el mundo de HB prohibió la entrada a medios de comunicación como el mío o el de Juan -*El País* y Antena 3, respectivamente- a sus ruedas de prensa. Cada vez que hacías una pregunta que no les gustaba salías en los papeles [...] El periodista que diga que ha ejercido su profesión sin coacción miente, porque precisamente el atentado que hicieron contra nosotros fue un aviso para todo el periodismo" (E21).²¹

²¹ En noviembre de 2000, ETA coloca en la puerta de la casa de la periodista Aurora Intxausti una bomba con 2 kg de explosivo y metralla de la que solo explotó el detonador por la fuerza con la que su marido abrió la puerta de la casa aquella mañana cuando se dirigía a dejar a su hijo en la guardería.

3. Consecuencias

En este epígrafe abordamos algunos de los principales efectos que los hechos victimizadores tienen para quienes los padecen en distintos ámbitos de la vida cotidiana. Se trata de una diferenciación puramente analítica y, en consecuencia, un tanto ficticia, porque unos influyen sobre otros y se alimentan mutuamente, resultando en la práctica poco menos que estéril cualquier intento de disociación.

3.1. Secuelas físicas y psicológicas

Es un capítulo al que las víctimas prestan una atención muy diversa en sus testimonios según si han sufrido o no en carne propia un atentado y su actual situación vital. Teniendo en cuenta que la mayoría de las entrevistas de 2011 se han realizado a personas perseguidas y no a víctimas de atentados frustrados o a familiares de víctimas, las referencias narrativas a las secuelas físicas y psicológicas son relativamente escasas.

Aún así, se puede decir que los sentimientos negativos más generalizados son la pérdida de libertad y de intimidad y una cierta dosis de miedo o paranoia que difícilmente desaparece: “cada vez que salía miraba los bajos de mi coche. Vivía con miedo, *con auténtico temor*” (E16); “[...] estaba yo en [...] un pueblo pequeño, con mi hija en el parque [...] Vi llegar un coche, del que se bajaron dos chavales, melenudos, con bolsas de deporte. Uno se quedó mirando, el otro se acercó a mí [...] Cuando ya estaba a un metro de mí, me levanté y estuve a punto de estamparle un puñetazo en la cara. Resultó que solo estaban buscando el frontón del pueblo. En ese momento piensas: esto es una locura” (E9).

En casos concretos el miedo puede resultar difícilmente controlable y derivar en una depresión que exige asesoramiento y tratamiento psicológico. Por lógica, se trata de una situación más frecuente en los familiares de víctimas asesinadas y entre quienes han sido objeto de un atentado y padecen además secuelas físicas. A Esther Cabezudo –concejala del PSE-EE en Portugalete–, el atentado que sufrió junto con su escolta en febrero de 2002 le ha ocasionado una merma física importante, incapacitándola para el desarrollo de su actividad y con molestias permanentes que reducen sensiblemente su calidad de vida. Ella intenta evitar recordar aquellos sucesos, pero recuerda hasta el más mínimo detalle: “tengo unos zumbidos continuos en los oídos... además de unos vértigos por los que estoy en tratamiento [...] a veces me cuesta hablar del atentado [...] Recuerdo perfectamente cómo salimos de casa, cómo bajábamos la calle” (E19). José Manuel Lizarraga, concejal de Hondarribia por el PP, no tuvo secuelas físicas tras el atentado, pero sí fuertes

pesadillas: "Soñaba continuamente con que tenía una bomba en mi casa y tenía que protegerme parapetándome con un somier de una cama de matrimonio que tenía que levantar y lo ponía contra la pared para que me protegiese, porque pensaba que había una bomba detrás de la puerta [...] Por eso al final tuve que ir al psicólogo y estuve en tratamiento durante muchísimo tiempo. Ahora no sé si estaré bien o no porque eso nunca te lo dicen" (E22).²²

Enfrentarse al juicio de los presuntos asesinos de un familiar o de quienes han cometido un atentado para acabar con la propia vida provoca un estado de estrés y de ansiedad añadido al tener que encararse con los violentos e incluso tener que aguantar sus gestos y sus risas: "el juicio lo he vivido muy mal, con muchos nervios [...] Yo he ido de testigo junto con el escolta que me protegía en aquel momento y que también salió herido" (E19). Cuando se percibe que la justicia funciona y los culpables reciben una sentencia condenatoria proporcional al delito cometido, se siente alivio, pero también impotencia y una cierta soledad, por muy acompañado que uno se encuentre: "es un dolor irreparable con el que tienes que aprender a convivir" (E2).

Hay quienes, léase la familia de Korta, que tienden a subrayar más que el centrarse rápidamente en el trabajo, en este caso en la empresa familiar, les ha permitido superar mejor momentos tan complicados: "Tengo que reconocer que nos centramos muy rápido (el y sus hermanos) en la empresa [...] la propia necesidad de darle salida a la empresa [...] fue un refugio, una salida para nosotros, aunque sí fue difícil tener que volver a diario al sitio en el que le mataron" (E20). Tan minoritaria como esta apreciación es la de llegar a mutar la propia identidad ideológicamente hablando, pasar de sentirse muy vasco a sentir una cierta animadversión hacia todo aquello que tenga algún tipo de relación: "Yo me sentía muy vasco y esas cosas por las que ahora siento mucho asco. Yo también era así, pero ser así rompe la vida de mucha gente. *No te das cuenta de que también te puede tocar a ti y cuando pasa solo encuentras indiferencia*" (E5).

El "no te das cuenta de que también te puede tocar a ti" permite otorgar plausibilidad al poema del Pastor Protestante Martin Niemöller, frecuentemente atribuido a Bertolt Brecht, donde se hace una denuncia explícita de las consecuencias de no resistir contra regímenes tiránicos desde su gestación:

"Cuando los nazis vinieron a buscar a los comunistas,
guardé silencio,
porque yo no era comunista.
Cuando encarcelaron a los socialdemócratas,
guardé silencio,
porque yo no era socialdemócrata.

²² Sin que necesariamente tenga que mediar un atentado, episodios de seguimiento pueden generar una especial tensión: "Un coche, conducido por una persona encapuchada que nos fotografió, nos persiguió desde que salimos de Lazcano hasta que llegamos a San Sebastián y la Ertzaintza le paró. Fueron momentos muy angustiosos (...) Me angustiaba que fuese a disparar. Cuando ya nos pusimos a salvo y pude salir del coche, me desmayé por la tensión acumulada (...) Después de eso lo pasé muy mal. Tuve que irme una temporada fuera del País Vasco. Me planteé dejar esto (su cargo de concejal) y marcharme de aquí porque fue muy duro. *Vi muy de cerca la muerte*" (E12).

Cuando vinieron a buscar a los sindicalistas,
no protesté,
porque no era sindicalista.
Cuando vinieron a buscar a los judíos,
no protesté,
porque yo no era judío,
Cuando finalmente vinieron a buscarme a mí,
no había nadie más que pudiera protestar".²³

Quizás por ello el único bálsamo para que las heridas psicológicas cicatricen es sentir que no se ha claudicado ante el chantaje y la amenaza terroristas: "también queríamos demostrar a los asesinos que no iban a conseguir su objetivo; que nosotros estábamos aquí para seguir con el trabajo que había iniciado mi padre y que no íbamos a rendirnos" (E20).

3.2. Repercusiones familiares: generalización del sentimiento de culpa

La primera reacción ante la percepción y objetivación de la amenaza es tratar de no informar a la familia para evitar que se preocupen y, al mismo tiempo, tener un cierto sentimiento de culpabilidad por el hecho de que su situación pueda afectar, en un sentido u otro, a sus seres queridos: "no cuento cosas a mi entorno familiar, tengo que tener cuidado para que no tengan problemas con ese mundo" (E13); "yo, antes de hacerme ertzaina, trabajaba en una fábrica, y pienso que tenía que haberme quedado ahí porque por mi culpa podrían haberles matado" (E5).²⁴

El sentimiento de culpa se puede intensificar por diversos motivos. Puede suponer problemas con los hijos porque éstos, sobre todo en etapas tan complicadas como las de la adolescencia, no se sienten capaces de desmarcarse de la influencia a veces asfixiante del entorno en el que viven donde determinadas opciones ideológicas sufren el anatema de la traición, siendo incluso señalados por la calle: "Es difícil que mi hija, con 13 o 14 años, me comprendiera. Era duro hablar con ella. *Ella nació aquí y desde pequeña le decían como un insulto que su madre era española. Han pasado muchas cosas difíciles de explicar, esto hay que vivirlo, aquí hay que enseñar mucho a los críos desde pequeños. Hoy valora lo que hago*" (E3). También puede ocurrir que, ante una experiencia traumática, sean los hijos los que echen a sus progenitores la culpa de su situación de victimación, alimentando, sin ser conscientes de ello, la inversión de las categorías éticas entre víctima y victimario:

²³ Tras un primer apoyo a la política anticomunista, antisemita y nacionalista de Hitler, Neimöller reaccionó contra su revolución racial y fundó, junto con Dietrich Bonhoeffer, y por oposición a la Iglesia Evangélica Alemana, la Iglesia Confesante, que hace hincapié en la autonomía eclesial respecto del Estado y en la negación de la legitimidad de un régimen totalitario. Permaneció retenido en varios campos de concentración desde 1937 a 1945.

²⁴ "(cuando me quemaron el coche) yo pensé mucho en mi mujer, en mi familia. Me acordaba mucho de la silla del coche de mi hija pequeña. En el incendio del coche la vi totalmente quemada. Y te da por pensar..." (E11).

"(...) Se la juró a mi madre. *Le decía 'nos has jodido la vida'*. Somos seis hermanos y algunos de ellos le acusaron de haber puesto su integridad y nombre en riesgo. Le recriminaban: *'esto lo tenías que haber pensado cuando te metiste porque ahora todos estamos en peligro'*. Para mí es la reacción de cobardía de esta sociedad reflejada en mi familia (...) La vida me la he jodido yo" (E22).

Un dato que revela el drama de lo que se ha vivido en Euskadi es que, debido a la reproducción intergeneracional de la espiral violenta, hay niños y jóvenes que han nacido y crecido a la sombra de los escoltas de sus progenitores. En unos casos se percibe hasta qué punto la *cotidianización o rutinización de una experiencia*, por terrible que sea, hace que ésta sea vista como algo normal o natural en el esquema de pensamiento y en el discurso de los propios hijos. "Pero te das cuenta de que lo asumen con una normalidad pasmosa. Recuerdo que un día me dijo: 'Patxi (uno de los escoltas que tenía en aquel momento) me ha dicho que antes de arrancar hay que mirar bajo el coche para no pillar a los gatos, pero yo sé que es por si hay una bomba'. Esto te descoloca" (E9). O, por el contrario, son los hijos quienes interpelan a la persona amenazada para cambiar de residencia y así ser normales. "Me pusieron escolta en el año 2000. Mi hija mayor, que nació en 1998, no sabe lo que es vivir sin escolta. Igual que la pequeña que nació más tarde. Mi hija mayor me decía: aita, vamos a La Rioja que allí somos normales. Estas frases marcan mucho [...]" (E11). El sentimiento de culpa solo queda desdibujado cuando la prole vive fuera de Euskadi.

El cambio de residencia es una posibilidad para salir del círculo vicioso de la amenaza y siempre influye mucho en esa decisión la angustia por la situación de los hijos, por cómo estarán si permanecen donde están y por cómo se adaptarán a un entorno radicalmente nuevo. Veamos dos testimonios que reflejan tomas de postura contrapuestas. Tras sufrir un atentado, la pareja víctima decide marcharse del País Vasco: "*No queríamos que nuestro hijo creciese en una sociedad totalmente podrida. Si lo hubiésemos criado aquí, habría crecido en un ambiente sin libertad, con odio y rencor [...]* (marcharse) tuvo su parte buena: poder hablar con libertad sabiendo que, aunque el de al lado no comparta tus ideas, te va a respetar, incluso va a ser tu amigo [...]" (E18). Mientras, nuestro próximo interlocutor insiste en que, si bien al principio estuvo tentado de marcharse por presiones familiares, al final decidió quedarse para seguir en su militancia activa en defensa de un escenario sin violencia: "*La primera reacción sí fue la de irnos de Euskadi. Teníamos una niña recién nacida [...]* Pero al final decidimos que no. Que nosotros llevábamos toda la vida aquí, además vinculados a esto, a la lucha por la paz y que teníamos que seguir aquí. Lo que sí hicimos fue buscarnos un sitio de respiro al que ir los fines de semana [...]" (E9).

Puestos en la tesitura de abandonar el cargo, hay testimonios que muestran la reacción negativa de las víctimas: "*mis hijos, ya mayores, me pidieron que dejara todo cuando me pusieron un paquete bomba durante la primera tregua [...]* mis hijos se asustaron y me dijeron: 'ama, por favor, deja todo esto', pero yo les dije: 'yo no puedo retirarme. El aita dio la vida y yo voy a seguir con lo que él dejó. No os preocupéis, yo voy a seguir' [...]" (E13). Pero, a veces, la presión familiar es tal que se decide abandonar el puesto, aunque sea temporalmente. Ocurrió con un número significativo de ediles

de distintos ayuntamientos vascos, lo que hizo que en la segunda mitad de la década de los 90 y la primera mitad de la de 2000 los partidos no nacionalistas tuviesen serias dificultades para completar sus listas electorales o desarrollar una presencia institucional normalizada en correspondencia con su peso en los comicios. Semejante situación llevó a que algunas personas significativas del entramado académico, de la intelligentsia social y mediática y de la Iglesia se incorporasen a las listas de estos partidos como acto simbólico de proximidad ética y cívica a las fuerzas políticas amenazadas directa e indirectamente por el terrorismo.

“Llegó un momento, hacia 2001, en el que mi mujer me dijo que no aguantaba más [...]. Al final yo dimito de mi cargo de concejal. Por cierto, mi plaza no pudo ser cubierta por nadie porque en aquellos momentos ninguno de los compañeros que iban en la lista detrás de mí quiso entrar en el ayuntamiento. Estuvimos dos años de legislatura sin plaza” (E11).

Desde la perspectiva de la violencia, la realidad de las familias vascas afectadas no es monolítica. Hay hogares que cuentan en su haber con varias víctimas, ya sean muertos o personas amenazadas, mientras que en otros casos más aislados se da una fractura tal que coexisten en el mismo entorno víctimas y victimarios, llegándose a extremos de crueldad como el de que fuera “el propio primo de mi marido [Ramón Baglietto], Eugenio Etxebeste –Antxon–, quien ordenó su asesinato [...] hay otras personas que pertenecen a ese entorno [...]” (E13). De los testimonios recogidos, uno de los casos más dramáticos es aquel en el que su protagonista subraya cómo en su familia la divisoria ideológica hace que algunos de sus miembros se erijan en hostigadores de las amenazas: “en mi familia somos siete hermanos donde hay de todas las ideologías. Pero es únicamente con dos de mis hermanas con quienes tengo problemas. Ellas consideran que soy una deshonra para mi familia al representar al Partido Popular. Con una de ellas voy a tener un juicio ahora porque me ha dicho que me va a matar si ETA no lo hace antes [...] La otra me dijo que ETA me tiene que matar” (E15).

3.3. Impacto en la esfera laboral/profesional

Varias de las personas entrevistadas señalan las graves dificultades que han tenido para encontrar un empleo por ir escoltadas²⁵ y, en determinados lugares, porque su filiación ideológica puede estigmatizar a la empresa contratante: “(los empresarios) no quieren problemas y tener a alguien como nosotros trabajando puede marcar a la empresa y perjudicarla” (E15). Al ser reiteradamente rechazado, uno de los informantes termina por publicar en un periódico local: “Concejal-víctima del terrorismo busca

²⁵ “A día de hoy lo he intentado todo, he aceptado cualquier tipo de trabajo. No trabajar y no poder llevar un sueldo a casa por mi condición es muy duro. Por ejemplo, fui a pedir trabajo como controlador de aparcamiento a mi ayuntamiento y me dijeron: ‘no, si llevas escolta, cuando no la tengas ya hablaremos’. Pero yo sigo siendo objetivo de ETA, sigo apareciendo en la documentación, ¿qué tengo que hacer?” (E22).

trabajo compatible con escolta” (E22). En ciertos casos, la víctima encuentra empleo en el propio círculo del partido al que pertenece.

Por otro lado, cuando se sufre un atentado, debido al cargo o trabajo desempeñado, las secuelas psicológicas pueden ser de tal calibre que la persona en cuestión se ve obligada a solicitar la baja laboral –con el miedo y la incertidumbre de si va a poder reincorporarse y en qué condiciones–,²⁶ solicitar un cambio en el tipo de funciones que se están realizando o cambiar de destino para atenuar la sensación de inseguridad y, en las situaciones más extremas, solicitar la incapacidad absoluta. Los siguientes testimonios ilustran la variabilidad de la casuística enunciada.

“Me dieron un certificado médico en el que se me indicaba que yo no podía trabajar con las motos en tareas de tráfico, porque me sentía muy insegura al estar tan expuesta” (E1).

“No podía trabajar, tenía la tensión altísima por el estrés postraumático [...] Tuve que estar con psicólogos y psiquiatras porque no estaba bien [...] me quedé de baja [...] y, finalmente, me dieron la incapacidad permanente” (E19).

Quienes denuncian el déficit de apoyo en su puesto de trabajo lo hacen subrayando su percepción de una cierta complicidad de la entidad en la que trabajan o de algunos de sus compañeros o su falta de valentía y compromiso en la deslegitimación del terrorismo mediatizada por la variable ideológica. Una policía municipal subraya cómo a veces el enemigo está dentro: “duele mucho la indiferencia de la gente. En mi trabajo no lo puedo contar a nadie porque no está bien visto. Hay mucha gente que comulga con los terroristas [...] En aquella lista de ETA solo estábamos los que entrábamos en la primera oleada de escoltas [...] Esa información solo la podía tener gente de dentro, no era pública” (E1).

Entre los testimonios, resultan también de especial significación por su impacto en el plano profesional-laboral los del profesorado universitario, los de tres periodistas, el de un juez y el de un directivo de una empresa de construcción del Tren de Alta Velocidad. En el primero de los casos se detectan dos opiniones sensiblemente distintas: a) la de quien cree que, a pesar de la incomodidad que *a priori* podría suscitar la presencia de escoltas en el recinto universitario, la situación se ha vivido con bastante normalidad y ha recibido numerosos apoyos (“cuando vamos a comer al comedor de la facultad nos juntamos unos cuantos profesores y mis escoltas vienen detrás y no pasa nada” [E9]); b) la de aquél que, en cambio, está convencido de la falta de empatía por parte de una institución que se dedica al pensamiento y a la investigación y de la existencia de una auténtica fractura dentro del profesorado que estimula el aislamiento de las personas amenazadas.

“[...] parece que los agravios cometidos en el entorno de la izquierda abertzale son más graves que los agravios cometidos contra aquellos profesores de la universidad que vamos escoltados y tenemos sustitutos [...] Lo mejor que puede pasar con nosotros es que no vengamos, porque si no vienes, dejas de ser un problema. Incluso se puede llegar a tener la sensación de que para algunos la situación de amenaza no pasa de ser una mera ficción [...] y como en una ocasión me dijo un

²⁶ “Si me tocase encontrarme con esa gente que les apoya, creo que no podría controlarme. Creo que el daño que me han hecho haría que actuase con odio” (E5).

compañero de facultad, los profesores amenazados éramos unos privilegiados porque no teníamos la obligación de dar docencia [...]” (E6).

Los ataques sufridos por el mundo de la información, denunciados desde asociaciones internacionales que defienden la libertad de expresión, han provocado, tal y como hemos reseñado anteriormente, el que algunos periodistas intensamente implicados en el área política hayan decidido exiliarse para continuar su vida laboral.

“Estaba en una época en la que me quería ir [...] Me dijeron que me lo pensara, transcurrieron dos años y me preguntaron si todavía quería marchar. Yo tenía la decisión tomada y opté por ello” (E18).

Pero también han generado la sensación de que algunas televisiones y mass media podían haber hecho más en la tarea de deslegitimar el terrorismo (E2), cuestión esta última que ha sido periódicamente objeto de una fuerte controversia política.

Quienes desempeñan funciones de carácter jurisdiccional han padecido frecuentemente las presiones del entorno del MLNV cuando se realizan juicios contra presuntos miembros de ETA o a jóvenes implicados en actos de violencia callejera. La persona entrevistada asegura que la amenaza no ha influido en su desarrollo profesional, “he podido soportar la presión” y se muestra convencido de que “el que tuviera miedo o se viera influenciado, en un ejercicio de responsabilidad, se tendría que ir” (E4); así lo hicieron algunos de sus compañeros tras la implantación generalizada del sistema de escoltas después del asesinato de Lidón.

Lo ocurrido con las obras del TAV recuerda experiencias no exentas de dramatismo vividas en otras épocas históricas como la de Lemóniz en la segunda mitad de la década de los 70 o la de la Autovía de Leizarán a finales de los 80, donde reivindicaciones que, instrumentalizando a su servicio la causa ecologista, asimilan soberanía nacional y territorio, quedan gravemente empañadas con actos de sabotaje e incluso atentados mortales a determinados directivos (por ejemplo, José María Ryan y Ángel Pascual en Lemóniz e Inaxio Uría en el TAV). En una situación de recesión económica como la actual, las empresas no se pueden permitir el lujo de renunciar a una infraestructura de envergadura, a pesar del desgaste psicológico que tal decisión conlleva: “es una inversión muy importante y dependemos de este tipo de inversiones para no hundirnos. Para una empresa local es una cuestión de necesidad. Hubo empresas que no quisieron participar por la amenaza terrorista, fueron empresas de fuera. Esto ha supuesto que haya gente aquí que esté muy afectada psicológicamente” (E10). Además, encontrarse bajo el punto de mira del entramado violento implica un fuerte gasto en medidas de seguridad extraordinarias y tener que convivir con un ambiente hostil, sobre todo en determinados ayuntamientos donde se ejercía presión sobre los dueños de las tierras para que hiciesen visible su desacuerdo y así demorar e incluso paralizar las obras:

“No solo ya en el pago de escoltas, sino también [...] para blindar las obras frente a todo tipo de ataques y sabotajes [...] Es una cosa exageradísima que nunca antes se había producido [...] hemos visto cómo se amedrentaba a propietarios de terrenos a expropiar [...] Hubo incluso proveedores habituales que, por temor, no quisieron meterse [...]” (E10).

3.4. Reacciones sociales y tendencias hacia el (auto)aislamiento

Aunque las primeras manifestaciones contra la violencia de ETA se remontan a 1978, una serie de circunstancias relacionadas con la debilidad ético-política de la democracia²⁷ atenúan la reacción de la sociedad vasca porque alimentan una mentalidad antirrepresiva profundamente instalada en Euskadi y nutren el victimismo del entorno radical. Las actitudes de silencio e indiferencia comienzan a erosionarse con la aparición de determinados grupos, un proceso lento y difícil que culminará con la consolidación de Gesto por la Paz y su estrategia de movilización en el marco de la gestación, mediante el Pacto de Ajuria Enea (1988), de un mínimo común denominador entre las distintas fuerzas políticas respecto de la violencia.

La manifestación contra el asesinato de Aizpiri congrega el 2 de junio de 1988 a unas tres mil personas en la plaza eibarresa de Unzaga bajo el lema *Eibar y Elgoibar contra ETA*. “La reacción a [...] dos asesinatos, los de Sebastián Aizpiri y Patxi Zabaleta (...) confirmó la existencia de una nueva actitud en los ciudadanos de a pie (...) Los vecinos de las dos víctimas salieron a la calle de forma multitudinaria y se enfrentaron abiertamente a los seguidores de HB en los plenos municipales, actuaciones que no tenían demasiados precedentes” (Domínguez, 2000: 351). Su hermana recuerda el impacto que el asesinato de Sebastián provocó en personas de distintas sensibilidades políticas y el grado de presión al que HB se vio sometida,²⁸ pero también hasta qué punto el miedo penetró en gente cercana a su hermano y en quienes podían ser objeto de extorsión económica, algunos de los cuales se marcharon silenciosamente abonando una “diáspora vasca” muy difícil de cuantificar.

A lo largo de los años, el grado de visibilidad de la solidaridad social con familiares de víctimas y, más aún, con personas amenazadas ha sido muy diverso en función de factores como la catalogación que se tenga de la propia víctima, de la proximidad relacional y del lugar en el que los sucesos acontecen. En general, el mayor apoyo procede de los círculos más próximos e íntimos, sobre todo la familia, mientras que el miedo, la indiferencia (e incluso la sensación de una cierta complicidad por acción o por omisión con los victimarios) se propagan con más facilidad en ámbitos tan diversos como la comunidad de vecinos, la cuadrilla, el municipio, etc.

Consciente o inconscientemente, los discursos sociales pueden degenerar en un grado tal de perversión ética que se llega a pensar y a verbalizar que de algún modo el problema lo están generando los propios amenazados, quizás porque el entramado violento ha tendido a jugar con el chantaje del

²⁷ Como los esfuerzos centralizadores y uniformizadores de la Ley Orgánica de Armonización del Proceso Autonómico (LOAPA) tras el frustrado golpe de Estado del 23-F, la aplicación del Plan ZEN (Zona Especial Norte) y la operatividad de los Grupos Antiterroristas de Liberación (GAL).

²⁸ “Llegaron incluso a pagar un espacio en el periódico para sacar un anuncio en el que decían que sentían el asesinato [...] periodistas de *Egin*, que fue el periódico que defendió y dio voz a la organización terrorista, vinieron al pueblo a hacer preguntas a todo el mundo, a ver si alguien decía algo que relacionara de alguna manera a mi hermano con las drogas, algo que corroborara aquella campaña de difamación que habían hecho contra él en los meses anteriores a su asesinato” (E2).

miedo ciudadano y puede que en ocasiones hasta con el hartazgo policial. Veamos dos testimonios que argumentan tales conclusiones:

"O sea, el problema lo tienes tú porque te has metido en líos. Es una cosa que sorprende. Pero es una opinión bastante generalizada; si no te metes en líos no te pasa nada [...]" (E6).

"Piensan que de alguna manera has provocado tu situación. Hay un vecino que nos dijo que él ya había pasado por esa misma situación. Que incluso no podía salir a la calle. Te dicen que antes las cosas eran incluso peores. Que ahora las cosas están más tranquilas, que no son más que unas pintadas. Pero, ¿qué pasa? ¿Que tienen que quemarnos el local para que se tomen esto en serio? [...] La Ertzaintza nos ha tratado muy mal. Nos ha llegado a decir que si no nos gustaba la calle, que nos marcháramos de allí" (E8).

Durante décadas, el entorno del MLNV ha controlado la calle, lo que ha hecho que, sobre todo en determinados municipios gobernados por sus marcas electorales, la amenaza se experimente cotidianamente: "sí, hay gente en los plenos que, sin decir nada, me hace gestos simulando una pistola, mientras me miran fijamente en mis intervenciones en el pleno intentando ponerme nervioso. Además, tras algún pleno, al salir, la gente que se concentra en la puerta me ha empujado o dirigido palabras despectivas" (E7). Entonces, el vivir con escolta pasa de normalizarse – porque mucha gente ni siquiera lo percibe–, hecho que ya representa una gran falla en el terreno ético, a trivializarse mediante el uso de expresiones como la de "¡Mira qué bien le llevan y le traen en el coche a todos los sitios!" (E6).

Las personas amenazadas son conscientes de que su vida no es muy normal, porque su libertad queda severamente restringida, limitación que revierte sobre el conjunto de la sociedad aunque ésta no sea consciente de ello. "Cuando me voy de la oficina, primero ha habido que vigilar las vías de salida. Tengo que llamar a una persona para realizar cualquier acto de mi vida cotidiana" (E10). Si muchos de los entrevistados sienten la cercanía y el afecto de la familia y de los amigos e incluso la proximidad de gente con la que antes no había tenido contacto –"puedo decir que no he sentido la soledad que han podido sentir otras personas que han sufrido la violencia. Todo lo contrario. Mi círculo cercano me respondió [...]" (E17)– en determinados casos la indiferencia e incluso el rechazo se lleva mucho peor porque su agente desencadenante es la cuadrilla de toda la vida. Es lo que indican las palabras de un ertzaina: "El grupo de amigos del barrio con los que tomaba los zuritos en el bar, con los que veía los partidos de fútbol, no me quieren ni ver tras lo que pasó. Tuercen la cara para no saludarme o simplemente cambian de acera. La indiferencia de la gente duele mucho [...] es una miseria la gente que nos rodea, esos me duelen más que los que me han puesto la bomba" (E5).²⁹ Es decir, el aislamiento social lo fomentan los propios escoltas ya que garantiza mejor la protección, pero también la sociedad o los círculos en los que tradicionalmente se movía la víctima: "hay personas con las que antes iba y que dejaron de salir conmigo porque tenían miedo de que, por ir conmigo, les pasase algo. Además, cuando voy

²⁹ "Es muy duro ver cómo gente que estudió conmigo hasta COU, compañeros y amigos de clase de toda la vida, han dejado de tener relación conmigo. Se mantienen al margen porque entienden que una relación conmigo les puede dejar marcados [...]" (E7).

a los sitios noto que la gente me mira como si fuera un apestado porque voy con escoltas. Te miran mal [...] Yo he vivido lo que es decirle a una persona quién soy, ver cómo se da la vuelta y se va. *Quiero pensar que es por miedo y no por rechazo*" (E12).

A veces, el aislamiento también se autoalimenta. Uno decide que no merece la pena salir escoltado³⁰ o que no quiere que otra persona resulte estigmatizada debido a su relación con él: "[...] el culpable eres tú, porque muchas veces, por no poner en riesgo a tu gente, te apartas. Y eso es contraproducente para los que vivimos amenazados" (E7). Una vía alternativa es la que representa que las personas amenazadas desarrollen prácticas sociales endogámicas, de reclusión en espacios ideológicos propios, en especial cuando su condición de perseguida deriva de su responsabilidad política en una formación no nacionalista: "[...] Te tienes que limitar a estar con gente afiliada y compañeros de partido para socializar, para tomar un vino. Esta es la parte que peor llevo porque te limita tus relaciones personales [...]" (E7).

Para sentir que tiene vida propia, la víctima necesita a veces escapar de sus escoltas –por ejemplo, a una segunda vivienda fuera de Euskadi–, si bien existe una tendencia a acostumbrarse a su compañía aunque ello no carezca de cierta dosis de resignación, sobre todo si nos referimos a una persona joven: "Yo creo que el ser humano se acostumbra a todo (si incluso la gente secuestrada acaba creando una burbuja de supervivencia). Somos supervivientes [...] Yo hace unos años, cuando se declaró la tregua, me compré una moto, creía que nos iban a quitar los escoltas, que ésa iba a ser mi nueva forma de moverme. Nunca volví a usarla" (E22).

En los años más álgidos de la *kale borroka* y de la violencia de persecución, las reacciones vecinales ante la quema de locales como, por ejemplo, casas del Pueblo (recuérdese que el PP no tiene sedes a pie de calle en Euskadi por este motivo) han sido en algunos casos negativas. La comunidad incluso ha llegado a demandar que abandonen el lugar y se instalen en cualquier otro donde no pongan en riesgo la vida o integridad física de los vecinos, lo cual, de nuevo y por terrible que pueda parecer, alimenta entre los destinatarios de los ataques un cierto sentimiento de culpa, transformando a las víctimas en victimarios y condenándolos al ostracismo: "después de la bomba de 2009, nos pusieron carteles para que nos marchásemos [...] Nos hicieron ofertas de compra del local. No querían tener la sede del PSE-EE debajo de casa. Algunos de buenas maneras, otros de malas, nos decían que donde teníamos que estar era en las afueras de la ciudad, 'donde no pusiéramos a nadie en peligro' [...]. Ellos no culpaban de lo que había ocurrido a los autores de los ataques. Para ellos los culpables de su malestar, los que los poníamos en peligro, éramos nosotros [...]" (E11). Se trata de experiencias que confirman algunas percepciones sociales al respecto visibilizadas en sondeos de opinión. Según la encuesta *Retratos de Juventud. Cultura democrática*, la mitad de los jóvenes vascos con edades comprendidas entre los 15 y los 29 años no querría tener como vecino a un

³⁰ "Al final, la valoración que hago de todos estos años, porque no he podido prescindir de la protección, es que meto más horas en casa y salgo menos [...] me busco maneras de hacer cosas en casa [...]" (E4).

miembro de ETA, pero tampoco a una persona amenazada por la banda terrorista (Gabinete de Prospección Sociológica, 2011: 7).³¹

En aquellos municipios que se han convertido en símbolos emblemáticos para el MLNV, la respuesta social al terrorismo ha sido mínima e incluso algunos comerciantes los han llegado a abandonar. "Si bien es cierto que la opinión pública en general ha ido avanzando, no ha habido un cambio que se haya explicitado en movilizaciones en la calle" (E17) y cualquier iniciativa de reacción (por ejemplo, *Hernani Alkartasunean-Vivir en Libertad en Hernani* o las movilizaciones contra los secuestros durante la década de los 90) queda un tanto fagocitada en un ambiente de obsesión por configurar *espacios liberados*, es decir, lugares donde los planteamientos y estrategias de lucha radical fueran dominantes, carentes de oposición (Jarrai, 1995): "éramos pocos, pero era gente conocida en el pueblo, gente con mucha valentía [...] vecinos con ganas de hacerle frente a esa situación de acoso [...] Los radicales se reunían frente a nosotros cuando nos concentrábamos. En alguna ocasión, sin la presencia de la Ertzaintza, nos agredieron" (E17).

Pese al tiempo transcurrido y a los cambios sociopolíticos, los recuerdos que algunos de los entrevistados tienen de las reacciones sociales a asesinatos como los de Jesús María Pedrosa (Durango) e Isaías Carrasco (Mondragón) destilan cierto grado de indignación por la falta de implicación de sus convecinos. Se subraya en ambos casos que la mayoría de los manifestantes venían de otros lugares. Quizás el miedo a significarse seguía pesando como una losa: "yo recuerdo perfectamente cómo, desde la cabecera de la manifestación, todavía se veía gente mirando desde los balcones, escondidos tras las cortinas, que no se atrevían a bajar" (E7). Más allá del déficit de la implicación vecinal, se acusa a los responsables políticos, especialmente al sector nacionalista, de no implicarse decisivamente en la dignificación y visibilización de la memoria de las víctimas en el ámbito municipal, "en esta localidad, la memoria de las víctimas sigue siendo la gran ausente", y a las marcas electorales del MLNV de dilatar hasta el extremo los límites legales para mantener en la calle fotografías de presos de ETA interpretadas por las víctimas como un auténtico "muro de la vergüenza" (E7).

Recuérdese que, al amparo del Pacto por las Libertades y contra el Terrorismo (2000) y de la polémica reforma de la Ley de Partidos (2002), el Gobierno Vasco –que por primera vez en la historia de la Comunidad Autónoma lidera un Lehendakari socialista–, aplica la autodenominada política de "tolerancia cero" contra la violencia, estrategia que incluye la eliminación de la iconografía etarra de las calles. Ocurre tras décadas durante las cuales abundaban imágenes reveladoras de un culto obscuro a los partidarios de la violencia y de la muerte, sin que mediase cuestionamiento público alguno (Calleja, 2006: 93). El debate adquiere una profunda resonancia política y mediática, advirtiéndose la contraposición dialéctica entre: a) quienes, desde el ámbito nacionalista, consideran que detrás de la mayoría de las exhibiciones de fotografías existe más la denuncia de un problema de política penitenciaria (ligado a la dispersión)

³¹ En realidad, los amenazados ocupan el tercer lugar del ranking de colectivos menos deseables como vecinos, solo detrás de los neonazis o grupos de extrema derecha y de los activistas de ETA.

que un delito de enaltecimiento del terrorismo; y b) quienes subrayan su carácter de apología del delito y de ofensa moral a las víctimas. Con una resolución aplicada ad cassum, el Tribunal Supremo subraya en junio de 2011, en contra de una sentencia previa de la Audiencia Nacional, que la exposición de fotos de presos constituye una "alabanza de actos terroristas o apología de los verdugos".³²

El contrapunto en forma de afecto o solidaridad lo encontramos en el testimonio de Ibai, hijo de José Mari Korta. A su juicio, tras la muerte de su padre las muestras de apoyo eran tan intensas y sinceras que le abrumaban. Asegura haber tenido incluso la oportunidad de descubrir el lado humano de personas tradicionalmente comprensivas con la violencia a los que ese asesinato parecía haberles generado una cierta contradicción: "nos pedían perdón e incluso se daban situaciones en las que casi tenías que ayudar tú a esa persona que se sentía mal por estar cercano a los terroristas" (E20). Surge de inmediato la pregunta sobre las razones por las que, para algunas personas, determinadas muertes resulta inadmisibles y otras no: ¿Depende de quién sea la víctima y de sus afinidades ideológicas? O ¿guarda relación con el momento en el que se produce y la situación en que se encuentran ETA y el entorno radical?

Las víctimas perciben que el sentimiento de odio ha hecho que las personas amenazadas no sean reconocidas como seres humanos a los que se les está violando su dignidad ("no me explico cómo esta generación de 20/30 años sigue teniendo esa mirada hacia nosotros. Ellos odian todo lo que no sea lo suyo, no ven más allá" [E3]). Pero también que, en más de un caso, bien por complicidad o por cobardía, una parte de la sociedad tiende a equiparar muertes, la da la víctima y la del victimario que se convierte en víctima de su propia violencia (Bilbao, 2009). Por eso, en unos momentos en los que ETA ha declarado un alto el fuego definitivo y el MLNV alcanza cotas electorales que le permitiría incluso luchar por ser la primera fuerza política en los próximos comicios autonómicos, surgen de las voces de las propias víctimas, al menos, dos cuestiones fundamentales para la reflexión:

- Que el citado entorno no está haciendo una relectura crítica de su propio pasado, de su responsabilidad histórica en la dinamización y en la legitimación de la violencia.
- Que el mayor riesgo radica en que la población, presa de una cierta amnesia colectiva, ha dado la confianza a las coaliciones Bildu y Amaiur considerándolas en última instancia auténticas valedoras y fedatarias de la paz.

"[la izquierda abertzale] quiere huir de su responsabilidad de condenar la historia, de hacer una lectura autocrítica de su trayectoria; me preocupa que no rompan con su narración política de que todos estos años han sido una época que había que pasar y que la situación actual no es una ruptura con lo anterior sino la continuidad, la nueva fase que viene dada de lo anterior [...] Yo entiendo que si la gente ha votado a Bildu en las elecciones de mayo ha sido fundamentalmente porque ha pensado que votando a Bildu se consigue la paz. Y esto plantea una situación muy endiablada. Al final, lo que se plantea con esta idea es que para mantener la paz es necesaria la

³² Si bien se siente obligado a exonerar penalmente a los responsables de la txosna Txomin Barrote (de las fiestas patronales de Bilbao) al no poder acreditarse su implicación en la colocación de las citadas imágenes.

fortaleza política de la izquierda abertzale. Esto es aceptar una especie de chantaje político [...]” (E17).

4. Breves apuntes para la reflexión

Con este informe sociológico solo hemos realizado un primer acercamiento a las realidades de victimación en Euskadi provocadas por décadas de práctica de violencia terrorista para la consecución de unos supuestos objetivos políticos. Se ha elaborado cuando ETA ya había declarado un alto el fuego definitivo, pero un amplio elenco de los 22 testimonios han sido recopilados antes de esa fecha y por eso conservan dosis de dramatismo más intensas, especialmente los de quienes han sufrido violencia de persecución.

La lectura de las entrevistas nos permite desvelar, al menos a título de hipótesis que habrá que contrastar y matizar en futuros estudios, parte del perverso engranaje que ha cronificado los efectos del uso de la violencia y que desgranamos en los párrafos que siguen.

- Las víctimas, antes, durante y después de los hechos victimizadores, tienden a ser objeto de procesos de enajenación o cosificación que les despojan de su dignidad humana. Al servicio de tales procesos se abusa de estereotipos como el de tachar de chivato o españolista a toda aquella persona que, por acción u omisión y sin salvoconductos que lo eviten, contravenga los objetivos del entorno radical: miembros de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado; militantes y representantes de partidos y sindicatos no nacionalistas; empresarios que se niegan a pagar la extorsión económica; escoltas de cargos públicos; periodistas de información política que tienen una perspectiva crítica y no actúan como correa de transmisión del MLNV; o ciudadanos de a pie que reaccionan ante su pretensión de control social.
- Dicho proceso de enajenación únicamente es operativo si sus sujetos-agentes han sido socializados en la identificación entre personas que piensan diferente o desempeñan determinados cargos y enemigos desde un universo ideológico simbólico excluyente que pivota sobre el sentimiento de odio.
- La victimización no solo acontece cuando se asesina a un familiar o las agresiones se suceden. Se genera un círculo vicioso revictimizador ante demandas de reparación y de justicia insatisfechas, el retorno heroico de los victimarios a sus lugares de origen y cuando la sociedad –e incluso el círculo próximo de la víctima– mira para otro lado (muchas veces por miedo a la estigmatización) o tiende a una perversa equiparación de las muertes, la de la víctima y la del victimario que termina cayendo preso de las consecuencias de su opción por el ejercicio de la violencia. En lugares emblemáticos para el entorno radical la revictimización ha resultado especialmente cruel.

- La vida cotidiana de las víctimas se ha visto seriamente afectada en todos los planos y algunos de los proyectos personales truncados. Desde la perspectiva ética, lo más grave es que el sentimiento de culpa se ha convertido en su talón de Aquiles sobre todo respecto a las consecuencias que la situación en la que viven ha tenido para su entorno familiar. Recuérdese cómo la reproducción intergeneracional de la violencia hace que algunos niños y jóvenes vascos no hayan sabido hasta este momento qué significa relacionarse libremente con sus progenitores, sin la sombra de un escolta.
- Pese a las imágenes que a veces interesadamente se han querido trasladar, la mayoría de las víctimas no viven de su condición de tales y tienen, además, dificultades de inserción laboral, bien por sus limitaciones psicofísicas, por la escasa solidaridad del entorno de trabajo o por el mero hecho de ir escoltadas.
- Si ante la muerte, la conciencia social de rechazo ha ido poco a poco *in crescendo*, la reacción ante la intimidación y la amenaza no ha traspasado el discurso de lo políticamente correcto. La sociedad vasca no ha sido consciente de su coste ético y cívico ni de que, en la medida en que la libertad de determinados sectores estaba restringida, también lo ha estado la del conjunto del tejido civil, porque afecta directamente al ejercicio democrático del pluralismo. En algunos ambientes quizás haya persistido durante demasiado tiempo la lógica subyacente al poema de Martin Niemöller, el no darse cuenta de que también le puede tocar a uno, o bien la necesidad de establecer una especie de cordón sanitario para evitar el contagio, actitudes que han potenciado el aislamiento de las víctimas.

5. Bibliografía

- ALONSO, ROGELIO; DOMÍNGUEZ, FLORENCIO y MARCOS GARCÍA REY (2010), *Vidas rotas. Historia de los hombres, mujeres y niños víctimas de ETA*, Madrid, Espasa-Calpe.
- ARAMBURU, FERNANDO (2009), *Los peces de la amargura*, Madrid, Tusquets Editores.
- AULESTIA, KEPA (1998), *HB, crónica de un delirio*, Madrid, Temas de Hoy.
- BILBAO, GALO (2009), *Jano en medio del terror. La inquietante figura del victimario-víctima*, Bilbao, Bakeaz (Escuela de Paz 17).
- CALLEJA, JOSÉ MARÍA (1997), *Contra la barbarie. Un alegato en favor de las víctimas de ETA*, Madrid, Temas de Hoy.
- (2006), *Algo habrá hecho. Odio, muerte y miedo en Euskadi*, Madrid, Espasa Calpe.
- DOMÍNGUEZ, FLORENCIO (2000) "El enfrentamiento de ETA con la democracia" en ANTONIO ELORZA (coord.), *La historia de ETA*, Madrid, Temas de Hoy.
- GESTO POR LA PAZ DE EUSKAL HERRIA (2000), "Violencia de persecución", *Bake Hitzak*, 40.
- HB (1999), *20 años de lucha por la libertad, Herri Batasuna*, Bilbao, Herri Batasuna.
- JARRAI (1995), *Los movimientos populares y nuestra acción política*, Usurbil.
- REKONDO, JOXEAN (1998), *Bietan Jarrai. Guerra y paz en las calles de Euskadi*, Bilbao, Aranalde.
- SÁEZ DE LA FUENTE, IZASKUN (2002), *El Movimiento de Liberación Nacional Vasco, una religión de sustitución*, Bilbao, DDB.
- (2011), *La opinión pública vasca ante la violencia de ETA. Una mirada retrospectiva*, Bilbao, Bakeaz (Escuela de Paz 23).
- VV. AA. (2004), *Conflictos, violencia y diálogo. El caso vasco*, Bilbao, Universidad de Deusto.

Bilbao, 31 de diciembre de 2011.